

TEORIA REVOLUCIONARIA, REFLEXION A NIVEL ESTRATEGICO-TACTICO Y RE-
FLEXION SOBRE LA FE COMO PRAXIS DE LIBERACION

Julio de Santa Ana
(Uruguay)

1. El aprendizaje del movimiento obrero, organizado políticamente, en la historia (1848, 1971, 1905/7, etc.) ha permitido comprender primero, y corroborar después la afirmación de Lenin en ¿Qué hacer?: "Sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria."

En este trabajo Lenin aboga por la edición de un periódico que permitiera aglutinar, organizar y dinamizar al movimiento obrero en Rusia. Para ello, a) lucha contra el "tradeunionismo" (reformismo); b) da la voz de alerta contra el "espontaneísmo"; c) señala los grandes peligros del terrorismo separado de la acción de masas; d) apunta hacia la gran importancia de la organización del Partido revolucionario (asunto sobre el que volverá para extenderse en "Un paso adelante. Dos pasos atrás.")

- "Sin teoría revolucionaria no puede haber praxis revolucionaria". - Pero: ¿cómo definir una "teoría revolucionaria"? Por razones de seguridad Lenin no aclaró el contenido que daba a este concepto. Sin embargo, una lectura de sus trabajos permite apreciar algunos de los elementos con los cuales se construye una teoría revolucionaria. Se da por sentado que la misma conduce directamente a la praxis, siendo ésta la que corrige o ratifica lo definido a través de la actividad teórica.

- Sin embargo, antes de adentrarnos en el contenido del concepto que ahora nos preocupa ("teoría revolucionaria") es importante hacer una aproximación al concepto "acción revolucionaria". La misma se desarrolla en un marco establecido, que es el del sistema estructural vigente, cuya estabilidad se basa: a) en su flexibilidad (lo que José Medina Echevarría ha denominado la "porosidad", o "permeabilidad" de las estructuras socio-económicas, de las que depende, precisamente, la capacidad de perdurar que puede tener el sistema); y b) que la oposición al sistema se dé dentro del marco de legalidad establecido por el propio sistema. Así este reglamenta la posibilidad de cambios que se puedan producir. De otro modo, la acción opositora escapa a su control y se constituye en virtual amenaza de cambio radical para el orden establecido. Como lo establece Contarís: "La acción revolucionaria es consecuencia de una forma de oposición o de acción política, digamos simplemente, que no acepta encuadrarse dentro de esos márgenes tolerados; en otras palabras, es la forma de acción que ignora e incluso desafía abiertamente la reglamentación del "establishment". O sea, que la acción revolucionaria es la que deliberadamente se propone cambiar el sistema vigente, yendo más allá de lo que permiten los marcos legales del mismo. Para ello, como lo anotaron Marx, Engels, Lenin, etc., puede actuar tanto legal, como ilegalmente, combinando ambos niveles de lucha.

- Ahora bien, la teoría revolucionaria es aquella que articula estas acciones, a través de una estrategia bien establecida y tácticas consecuentes de la misma. Esto, a nadie se le escapa, es una afirmación demasiado vaga y generalizada, que debe ser explicada con mayor prolijidad.

2. La práctica de los grandes revolucionarios es en este terreno, la gran mina de enseñanzas. No se trata de repetir lo que hicieron, sino de proyectar su práctica teórica y su práctica política sobre nuestras situaciones bien concretas, bien diversas - por cierto - de las de Lenin, Mao Tse Tung, etc.

a.- En primer lugar, una teoría revolucionaria debe precisar si el sistema contra el que se oriente la acción revolucionaria está en condiciones de ser derrocado o no. Eso fue lo que procuró hacer Lenin cuando, en el comienzo mismo de su actuación revolucionaria y como buen marxista, se dedicó a estudiar el desarrollo del sistema capitalista en Rusia. Fue esa investigación entre estadísticas y cifras la que le dio la pauta inicial sobre como orientar la acción tendiente a derrocar el régimen zarista. La misma fue dirigida paciente pero tenazmente hacia la creación de las condiciones que tipifican el momento decisivo en el que el proletariado le quita el poder a la burguesía; esto es: la situación revolucionaria. Esta, pues, existe cuando en una situación dada se produce una "dualidad de poderes" (2), que permite a la clase emergente derrocar a la dominante. Lenin, por lo tanto, a partir del análisis de la situación económica rusa, orientó todos sus esfuerzos para que el proletariado llegara a ser una opción real de poder, cosa que concretó tras más de un cuarto de siglo de lucha. En ese proceso, al igual que Mao Tsé Tung y Fidel Castro más tarde, el revolucionario ruso demostró una gran flexibilidad y ductibilidad; es que el camino de la revolución no es recto, sino sinuoso, en el que las marchas y contramarchas son frecuentes. Sólo los objetivos están claramente establecidos (la estrategia, la línea debe ser nítida, bien formulada), aunque las acciones mezclan lo legal con lo ilegal, las intransigencias con los compromisos.

b.- En consecuencia, cuando se trata de reflexionar sobre teoría revolucionaria, es prioritario atender a las cuestiones estratégicas. En tal sentido, dejando bien establecido que no existen recetas ni reglas generales para todos los casos, hay que tener en cuenta algunos elementos que son insoslayables cuando se trata de formular una estrategia revolucionaria. En primer lugar, una revolución es el producto histórico de una clase social determinada. Así como a fines del siglo XVII en Inglaterra, y a fines del XVIII y principios del XIX en el continente europeo fue un producto de la burguesía, en nuestro tiempo es el producto del proletariado organizado (que, para cumplir con sus objetivos hace alianzas con otros sectores y clases sociales). Esto implica, de inicio, la necesidad de que el proletariado pueda unirse solidariamente, superando así las condiciones de superación de sus miembros que la impone la burguesía a través de la división del trabajo. Ahora bien, lograr la unidad del proletariado, o aun más: de los sectores populares, no es algo fácil. Significa derribar barreras ideológicas y culturales que existen desde mucho tiempo atrás, así como también destruir pautas internalizadas de opresión. Significa también liquidar a través de la creación de lazos solidarios los esquemas conceptuales que son consecuencia de la división del trabajo. Para lograr este objetivo, que generalmente es aceptado mentalmente, aunque no tanto en la práctica, es necesario pulsar bien el momento histórico y la situación de las masas populares. ¿Hay avance o retroceso en el pueblo en cuanto al camino que lleva a la unidad popular? ¿Existe una situación de "flujo" o de "reflujo de masas"? ¿Cuales son los sectores que están viviendo un proceso de "acumulación de fuerzas", es decir: que están avanzando en el tránsito hacia la lucha? ¿Cuál es la relación de esta acumulación de fuerzas en el nivel ocupacional y en el nivel regional? Este primer punto, según se puede apreciar, no puede ser dilucidado en el gabinete, o en los Institutos de Estudios Sociales, con sus aparatos científicos, cerebros electrónicos y computadoras electrónicas, sino en contacto directo con el pueblo. Lenin señalaba "... se debe trabajar sin falta allí donde estás las masas" (3), y hay que hacerlo procurando superar rigideces y estrecheces; es decir: sin sectarismos.

Esto implica saber utilizar todas las posibilidades, buscando siempre la coordinación, el acuerdo y la unidad de las fuerzas populares, y principalmente de los sectores trabajadores. Porque, sin esta unidad básica, que implica a ese nivel una derrota de la burguesía, es imposible encarar a posteriori formas de lucha más avanzadas, que de alguna manera lleguen a constituirse en una opción de poder para el pueblo. A partir de esta condición se puede pensar en el progreso de las fuerzas revolucionarias. Muchas veces, por no decir casi siempre, es fundamental utilizar los clan

cos del enemigo para llegar a provocar esta unidad. Es decir que según la dialéctica misma de todo este proceso, se accede a la unidad a través de la negación del contrario, anulando las condiciones impuestas por él, o sea, las resultancias de su organización de la división del trabajo, o división de producción en el mercado internacional mundial, etc. Es esta actitud negativa (hacia los sectores dominantes, hacia el imperialismo) la que conduce a la unidad de los sectores y clases oprimidos. En este paso, también, es posible apreciar otra dialéctica, que se da entre las acciones espontáneas de las masas y la acción de grupos que - desde fuera de las masas - las inducen hacia una solidaridad perdurable, y que no pertenecen por lo general a la clase obrera. (4)

En segundo lugar, esa unidad popular para llegar a ser una opción de poder real, debe objetivarse con condiciones que le permite superar las posibles desviaciones en las que fácilmente pueden caer las masas que actúan espontáneamente. Es decir, que además de la unidad en la acción y en la lucha, la teoría revolucionaria debe hacer hincapié en la organización de las fuerzas revolucionarias. Sin organización, las acciones que surgen espontáneamente carecen de envergadura y fácilmente se disuelven, o caen en posiciones de reivindicación económica o tendientes al reformismo. Es decir, como bien lo puntualizara Lenin, no hay que confundir la organización obrera sindical (abierta, extensiva, legal) con la organización revolucionaria de los obreros. Esta "debe englobar ante todo y sobre todo a gentes cuya profesión sea la actividad revolucionaria (por eso, yo hablo de una organización de revolucionarios, teniendo en cuenta a los revolucionarios socialdemócratas)". Ante esta característica general de los miembros de una organización debe desaparecer en absoluto toda distinción entre obreros e intelectuales, por no hablar ya de la distinción entre las diversas profesiones de unos y otros. Esta organización, necesariamente, no debe ser muy extensa, y es preciso que sea lo más clandestina posible." (5). Pero no solo en esto estriba la importancia de la organización; como lo han señalado los revolucionarios, la organización es el paso intermedio necesario entre la teoría y la práctica. Si, sin teoría revolucionaria no puede haber acción revolucionaria, tampoco ello es posible sin organización revolucionaria. Sólo a través de la organización la teoría puede llegar a ser praxis. "Y como en toda relación dialéctica, aquí también, los miembros de la relación dialéctica no adquieren concreción y realidad más que en y por su mediación. Este carácter de la organización, mediadora entre la teoría y la praxis, aparece más claramente en el hecho que la organización manifiesta - en virtud de la divergencia entre las tendencias, una sensibilidad mucho más grande, más aguda y más segura que cualquier otro dominio del pensamiento y de la acción políticas. Mientras que, en la pura teoría, las concepciones y las tendencias más diversas pueden coexistir en paz, dada que sus oposiciones toman forma de discusiones que pueden desarrollarse tranquilamente en el marco de una sola y única organización sin que la misma se despedace, los mismos problemas se presentan - cuando se aplican a las cuestiones de organización - como tendencias rígidas que se excluyen mutuamente. Sin embargo, toda tendencia o divergencia de opinión "teórica" debe transformarse instantáneamente en un problema de organización, si es que no quiere seguir siendo pura y simple teoría, opinión abstracta, y si tiene realmente la intención de mostrar el camino de su realización. Sin embargo, sería igualmente un error creer que la mera acción es capaz de otorgar un criterio real y seguro para juzgar la justicia de concepciones que se oponen, o incluso de la posibilidad o imposibilidad de conciliarlos. (...) Este entremezclamiento confuso sólo adquiere sentido y realidad en tanto es aprehendido en su totalidad histórica, es decir, en su función en el proceso histórico, en su rol mediador entre el pasado y el futuro. Ahora bien, una problemática que plantea el conocimiento de una acción como conocimiento de sus lecciones para el futuro, respondiendo a la pregunta: ¿Qué hay que hacer?, plantea desde ya el problema sobre el plano de la organización." (6)

En consecuencia, la práctica revolucionaria urge la existencia de una organización revolucionaria, cosa que la teoría no puede olvidar de nin-

guna manera. O sea, que sin organización no puede haber ni Frente de Liberación Nacional, ni Partido, ni vanguardia. En América Latina, en la lucha por nuestra liberación nacional, para que la revolución se extienda hay que tener in mente la necesidad de transitar por los Frentes de Liberación; en ellos se concreta, o se habrá de concretar la unidad de los sectores populares, sin la cual la revolución no será cumplida, sobre todo en el período antiimperialista por el que estamos pasando. Mas debe señalarse que la composición de un "Frente", dado que se trata de un paso adelante hacia la constitución del Partido revolucionario, exige la existencia de una rigurosa disciplina entre sus miembros, la que - a diferencia de las organizaciones burguesas - no será establecida de arriba hacia abajo sino como resultado de una constante vinculación con las masas que integran la organización.

Es evidente que este tipo de estructura del movimiento revolucionario exige una dedicación total a un grupo de militantes en quienes se deposita la confianza de la conducción del movimiento. Son los "revolucionarios profesionales" que reclamaba Lenin; sin los cuales no puede haber un movimiento revolucionario sólido y perdurable, dado que: "cuanto más extensa sea la masa espontáneamente incorporada a la lucha, masa que constituye la base del movimiento y que participa en él, más apremiante será la necesidad de tal organización y más sólida deberá ser ésta (ya que tanto más fácilmente podrá toda clase de demagogos arrastrar a las capas más atrasadas de la masa)." A ello hay que agregar que en condiciones de extrema represión (como las que hoy existen en la mayoría de los países de América Latina) hay que restringir al máximo el contingente de los miembros de una organización de este tipo, "hasta no incluir en ella más que aquellos afiliados que se ocupen profesionalmente de actividades revolucionarias y que tengan ya una preparación especial en el arte de luchar contra las fuerzas de represión." (7) Implica, pues, la organización revolucionaria la estructuración de un contrapoder, a partir del que no sólo se ha de procesar la respuesta a la agresión de las clases dominantes, sino también la ofensiva que habrá de derrotarlas. Esto, subrayo, no significa aceptar la teoría del foco guerrillero presentado por R. Debray, dado que la organización no puede dejar de basarse en la masa, ni de estar en constante consulta y relación con la misma. Un ejército revolucionario que no está subordinado a la masa revolucionario no es más que una exacerbación pretoriana en la izquierda.

En tercer término, al mismo tiempo que estas exigencias, la teoría revolucionaria debe prestar atención a la práctica ideológica, mediante la que manifestaciones espontáneas y transitorias de las masas contra las clases dominantes, pueden ser inducidas hacia una verdadera - y por lo tanto sólida y duradera - toma de conciencia revolucionaria. Se trata, para decirlo de manera imprecisa, pero con un término que está de moda, de la tarea de concientización. Este es un término impreciso porque generalmente recibe una connotación pedagógica o filosófica antes que política, especialmente si por concientización se piensa de las teorías de Paulo Freire sobre educación popular de adultos. Las mismas propugnan una nivelación entre el educador y el educando, concomitante a las exigencias de desaparición del "establishment" que hoy son promovidas por la rebelión juvenil en el Occidente. En este proceso de concientización nadie concientiza a nadie, sino que todos nos concientizamos mutuamente. Sin embargo, y de acuerdo a la práctica de los grandes revolucionarios del último siglo, éste no es el caso en un proceso de inversión radical de las estructuras. Kantsky, en palabras elogiadas por Lenin, señala al respecto: "El proletariado llega a adquirir la 'conciencia' de la posibilidad y de la necesidad del socialismo. En este orden de ideas la conciencia socialista aparece como el resultado necesario y directo de la lucha de clase del proletariado. Pero esto es falso. Por cierto, como doctrina, el socialismo tiene sus raíces en las condiciones económicas actuales, exactamente igual que la lucha de clase del proletariado, y, lo mismo que ésta, se deriva aquél de la lucha contra la pobreza y la miseria de las masas, pobreza y miseria que el capitalismo engendra; pero el socialismo y la lucha de clases surgen paralelamente y no se deriva el uno de la otra; surgen de premisas diferentes.

La conciencia socialista moderna puede surgir únicamente sobre la base de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea constituye una premisa de la producción socialista lo mismo que, pongamos por caso, la técnica moderna, y el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear ni la una ni la otra; ambas surgen del proceso social contemporáneo. Pero el portador de la ciencia no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa: es del cerebro de algunos miembros de esta capa de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clase del proletariado allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clase del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente dentro de ella." (8) Dicho sea de paso, y para hacer justicia a Paulo Freire (y no a sus malos propagandistas, que han mal-aprendido su método), el método de concientización induce a un círculo de cultura, a una toma de conciencia de una situación que se vive a través de una rigurosa codificación de una temática contenida en tal circunstancia. Esa codificación es realizada por los "animadores del grupo", o sea, gente de afuera del mismo. O sea que hay coincidencia de posiciones. Lo que importa subrayar es que los teóricos y prácticos revolucionarios, tanto como Paulo Freire, enfatizan que no hay toma de conciencia revolucionaria espontánea, a partir del proletariado mismo.

Para Lenin, la codificación (o programa) de la educación política debe estar basada en la agitación, en la acción, cosa que fue subrayada posteriormente por Guevara. "¿Es posible limitarse a la idea de que la clase obrera es hostil a la autocracia (es decir - acotamos - a la protesta reformista)? Naturalmente que no. No basta explicar la opresión política de que son objeto los obreros (de la misma manera que no basta explicarles el antagonismo entre sus intereses y sus patronos). Es necesario hacer agitación con motivo de cada manifestación concreta de esa opresión (como comenzamos a hacerla con motivo de las manifestaciones concretas de opresión económica). Y puesto que las masas diversas clases de la sociedad son víctimas de esta opresión, puesto que se manifiesta en los más diferentes aspectos de la vida y de la actividad sindical, cívica, personal, familiar, religiosa, científica, etc., ¿no es evidente que no cumpliríamos nuestra misión de desarrollar la conciencia política de los obreros si no nos comprometieramos a organizar una campana de denuncias políticas de la autocracia en todos los aspectos? Porque, para hacer agitación con motivo de las manifestaciones concretas de la opresión, es preciso denunciar esas manifestaciones (lo mismo que para hacer la agitación económica, era necesario denunciar los abusos cometidos en las fábricas." (9) Es que la conciencia política y la actividad revolucionaria de las masas, en todos los terrenos, no pueden educarse sino a través de estas denuncias, la agitación que las enmarca y las acciones consecuentes. El aprendizaje, la toma de conciencia revolucionaria, sin la cual no hay acción revolucionaria (de ahí la importancia que tiene este aspecto en la teoría revolucionaria) se hace en lo concreto; así se observa y se aprende a conocer a cada una de las otras clases sociales, como también a pensar dialécticamente sobre la marcha del proceso revolucionario. De este modo (agitación, denuncia, acción, formación, todos estos elementos del proceso de educación política), es que lo espontáneo de las conciencias oprimidas se transforma en conciencia de clase aguerrida y militante. Pero, para ello, hay que estar constantemente con las masas, "ir hacia ellas", decía Lenin, para así "aprovechar los destellos de conciencia política que la lucha económica ha hecho penetrar en el espíritu de los obreros para elegir a éstos hasta el nivel de la conciencia revolucionaria.

Resumamos: en la teoría revolucionaria hay que establecer bien claramente los principios de la unidad popular, de la organización del movimiento revolucionario y de la formación revolucionaria de las masas a través de la educación política de las mismas. Todo esto es previo a la definición de la situación revolucionaria en medio de la dualidad de poderes.

Pero, después del asalto al poder, ¿Qué? Aquí hay que tener en cuenta otro elemento fundamental: resquebrajar y romper el aparato burocrático-militar del estado burgués. Esto es el cuarto punto insoslayable en una teoría revolucionaria, y sin duda alguna el que exige mayor claridad en su postulación, así como también el mayor rigor en su ejecución. En América Latina, si se tiene en cuenta la hipertrofia del sector burocrático, y sobre todo el poder del sector castrense, se advierte fácilmente su gravitación fundamental. El mismo exige, dado que constituye un ataque a los factores en los que se asienta el poder burgués, la existencia del brazo armado en la organización revolucionaria, así como también implica en nuestra situación la inevitabilidad de la lucha armada. Esta no es deseable, pero hay que estar preparados para enfrentarla. Esta es la exigencia estratégica; el como es una cuestión táctica, que no vamos a considerar ahora. La importancia del tema es enorme, sobre todo en la actualidad latinoamericana. Claro está que, si en un país dado no existe una situación revolucionaria, la toma del poder por vía pacífica o violenta no está en el primer punto del orden del día. La cuestión de la lucha armada es antes que nada un problema político que debe ser resuelto de un modo concreto. La lucha armada exige para su iniciación, por lo menos: a) la existencia de una crisis revolucionaria; b) la estimación exacta del momento político para la acción, determinado muy claramente por Lenin en "El marxismo y la insurrección"; c) la conquista siempre de la simpatía de la mayoría de la clase obrera y el pueblo. (10) Una situación revolucionaria se define con la toma del poder, y esto exige arrasar con el ejército y la burocracia del sistema burgués. Antes, o después de la toma del poder, lleva a la confrontación bélica, porque no hay ninguna clase que le entregue el poder a su antagonista sin luchar. La previsión de la guerra popular y de los instrumentos para enfrentarla deben ser tomados siempre en cuenta en la teoría revolucionaria. Con esto no entendemos que la misma debe procurar una acción en el plano insurreccional, o ilegal, únicamente; al contrario, la combinación de lo legal y lo ilegal es necesaria. La vía legal hace avanzar el proceso revolucionario (acumulación de fuerzas), en tanto que la ilegal debe ser utilizada de manera precisa en instancias fundamentales.

3. Algunas Anotaciones sobre Tácticas se imponen ahora.

a.- Es importante ir deslindando las situaciones revolucionarias, caracterizadas por la dualidad de poderes. ¿Como es posible apreciar que va surgiendo como real opción de poder el movimiento revolucionario, teniendo una oportunidad de real triunfo? En primer lugar esto surge de una evaluación del nivel de combatividad y organización del pueblo, tanto a nivel sectorial, como a nivel territorial (barrios, regiones, pueblos, etc.). En segundo término, hay que considerar la evolución del aparato estatal de las clases dominantes: ¿está en proceso de expansión o en situación de decadencia? ¿Demuestra fortaleza o da señales de liquidación (corrupción, divisiones internas, etc.)? Lo primero implica un estudio de factores subjetivos de las fuerzas revolucionarias, y lo segundo es cosa parecida aplicada a las clases gobernantes.

A estos análisis hay que agregar otro estudio; el de la situación geopolítica; por ejemplo: ¿está cerca o no un país revolucionario? Este hecho no constituye solo un dato objetivo; tiene también gran importancia en lo que toca a las condiciones subjetivas. Téngase en cuenta al efecto la gran incidencia de la revolución cubana sobre la formación de un clima revolucionario en América Latina a partir de 1959. En base a estos análisis puede plantearse la vía insurreccional, que en el caso de la revolución proletaria no puede ser agotada en un putsch, ni en una revuelta palaciega: "Para poder triunfar la insurrección debe apoyarse no en un complot, en un partido, sino en la clase mas avanzada. Esto en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el ascenso revolucionario del pueblo. Y en tercer lugar, la insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascendente en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que sean mayores las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos mas debiles, a medias, indecisos de la revolución. (11)

b.- No vamos a extendernos sobre el problema de las vías insurreccionales; entendemos que es un punto que ha dado motivo a un estéril debate en la izquierda latinoamericana, provocando divisiones innecesarias que afectaron negativamente al movimiento revolucionario en el período 1967/69. En efecto, el problema no es foco o frente de masas, lucha armada o lucha legal, sino más bien proceder a fijar una estrategia por etapas, basada en un análisis económico de la evolución del capitalismo entre nosotros, así como también de la lucha de clases y sus manifestaciones ideológicas. Los elementos subjetivos hay que tenerlos en cuenta, pero no considerarlos como condicionantes absolutos (la combatividad de las masas, o la voluntad de lucha de aguerridos militantes). Hoy el proceso (Chile, Uruguay, Bolivia, Sto. Domingo, Perú, etc.) manifiesta situaciones y aspectos que en 1967 fueron imprevisibles para quienes se opusieron en el tristemente célebre debate de la Conferencia de OLAS. Incluso, los movimientos más radicales (excepto algunos muy infantiles, o infiltrados) demuestran hoy una flexibilidad y amplitud tácticas muy significativas, abriéndose - en tanto movimientos armados - a las exigencias del frente de masas, y combinando las vías legales con la acción ilegal.

c.- Al mencionar la importancia de la educación política ya se ha hablado la necesidad de la formación de cuadros (no hablamos ahora de los revolucionarios profesionales, sino de quienes cumplen tareas intermedias en la acción de organizar y movilizar a los distintos sectores revolucionarios). Estos cuadros son necesarios a varios niveles: obrero, estudiantil, campesino, eclesiástico, para la lucha armada, etc.

d.- Los factores desencadenantes, como es el caso del movimiento estudiantil, requieren una cuidada atención, por razones muy conocidas. Del mismo modo los intelectuales por la función que desarrollan en la lucha ideológica y su influencia sobre el pueblo.

e.- Sin pretender agotar la lista, apuntamos otros elementos tácticos que deben ser muy bien organizados: la infraestructura para la acción, la acción de las retaguardias y la preparación de los repliegues que a veces son necesarios en determinadas condiciones de lucha. Este fue un punto en el que insistió mucho mucho Lenin durante los años de formación de la III Internacional; el movimiento revolucionario no sólo debe preocuparse por el asalto al poder, mas también por la consolidación de posiciones adquiridas y un buen plan de resistencia en caso en el que se imponga una acción de retirada.

4. Lo que se ha afirmado precedentemente surge de la experiencia de los revolucionarios de nuestro tiempo, y de sus enseñanzas. Por supuesto que esto deja en el tintero muchas cosas importantes; sin embargo, no es nuestra intención ahora seguir planteando el problema de la teoría y acción revolucionarias, de la estrategia y táctica a seguir. Lo que en este momento nos preocupa es aclarar los términos de la participación de los cristianos en los movimientos de liberación de nuestro tiempo, y especialmente en América Latina. Si bien no es cosa enteramente nueva, es sorprendente en virtud de la magnitud que va adquiriendo este hecho; sobre todo si se tiene en cuenta que hasta hace poco mas de una década la acción de los cristianos en la sociedad se distinguía por ser conservadora, o en el mejor de los casos, reformista. Lo cierto es que son muchos los cristianos que adoptan posiciones radicales. ¿Porqué lo hacen? ¿Cuál es su rendimiento en la lucha? ¿En qué se basa y vertebra su posición revolucionaria?

En primer lugar, hay que señalar que no se llega a una definición revolucionaria a partir de la reflexión bíblico-teológica, sino en virtud de una definición por la que se rechaza el orden y el sistema vigentes. Así como la opción por el socialismo surge desde un repudio del capitalismo, el sentimiento de rebeldía y el comportamiento revolucionario se dan originados por una actitud de negación de las estructuras establecidas. Con esto queremos decir que no hay un "revolucionarismo" cristiano, sino

revolución a secas (de cristianos que de quienes no lo son), lo que nos lleva desde ya a definirnos contra todo intento de una "teología de la revolución". Esto no significa que, al hacer una opción revolucionaria, se deje de reflexionar teológicamente; sino más bien entendemos que la reflexión teológica debe ser encarada bajo la perspectiva que surge de quien se halla realizando una labor revolucionaria. En este contexto, en tonces, se replantea el sentido de todas las categorías teológicas y símbolos de la fe: Dios, Jesucristo, el Espíritu Santo, la Iglesia, la salvación, la reconciliación, el amor, la esperanza, etc. Es indudable que este planteo de tales cuestiones conduce a definiciones muy distintas a las existentes en el tiempo en el que la teología se desarrolló en función o como expresión de la ideología dominante. Aquí es, precisamente, donde surge la fricción, que trasunta la contradicción entre grupos dominantes y movimiento revolucionario en la Iglesia. Esta contradicción se ha dado en la institución eclesiástica, generalmente, en el terreno ideológico, en el conflicto doctrinal o en el debate interpretativo. Es que, como hacía notar Engels en un artículo escrito sobre Múnzer (12), la acción del revolucionario cristiano (en este caso Múnzer) no solo se orienta hacia el enemigo eterno (entonces el catolicismo), sino también contra la desviación interna de la Reforma (que para Múnzer se concretaba en las enseñanzas de Lutero). O sea, que cuando el cristiano es revolucionario su práctica lo conduce a enfrentar en la Iglesia todo aquello que está seriamente comprometido con y por el sistema contra el que lucha. Es en esta práctica ideológica donde surge - a posteriori de la opción revolucionaria - la relación entre teología y revolución.

En segundo término, en consecuencia, la labor teológica en tanto práctica ideológica no puede ser desarrollada fuera del marco que establecen los objetivos revolucionarios, estos sí orientados a liquidar el marco institucional. Esto exige que en el quehacer teológico en tanto praxis ideológica revolucionaria se cumplan tres etapas bien claras, que crean condiciones para procesar la clarificación ideológica de las masas, muy necesaria para que actúen sin titubeos ni vacilaciones. La primera etapa es la de promover una toma de conciencia de la situación de injusticia que contradice al mensaje del Evangelio. Mediante esta acción se tiende a crear una actitud inicial en el pueblo de toma de distancia frente al sistema, a partir de la cual es posible desarrollar luego una tarea crítica, demoledora, de la opresión vigente. El segundo paso es el que podemos llamar (en jerga política) la denuncia profética del sistema, a través de la que se expresa en forma combativa la crítica al mismo. Esta segunda fase del proceso se nutre no sólo de los símbolos de la fe, sino también del análisis de la situación dada, instrumentado por las ciencias sociales. Ahora bien, esto exige una comprensión científica de la realidad social en que nos movemos. "Pero no basta conocer las leyes más o menos visibles en que se apoya el funcionamiento de esa sociedad; es preciso aprehender los resortes ocultos mediante los que opera el sistema; conocer aquello que el ensayista cubano Edmundo Desnoes llamó en una comunicación hecha al Congreso Cultural de La Habana (1968), "las armas secretas" de la sociedad: los mecanismos de control y manipulación de la opinión pública. Como se ve estamos aquí en el orden estricto de lo cultural: la educación, la enseñanza, la filosofía oficial, la religión oficial, la literatura y el arte oficiales, representan no sólo la expresión ideológica del sistema, sino sus mecanismos de control, el estupefaciente que tiende a aletargar la opinión pública y someterla pacíficamente al 'establishment'." (13) A partir de esta comprensión, el quehacer teológico revolucionario debe efectuar rigurosamente la denuncia profética del sistema, contraponiendo la realidad del mismo con los símbolos escatológicos de un mundo nuevo del que habla la Biblia. Esto nos lleva a la tercera etapa: "corresponde a la elaboración de una ideología sustitutiva, vale decir, una proposición de recambio frente al sistema dominante." (14) Esto implica una idea clara del tipo de sociedad o sistema socio-económico que debe sustituir al orden vigente, así como también una cierta comprensión de los medios y formas de lucha apropiadas para el cambio revolucionario.

En tercer lugar, la práctica nos enseña que no es, precisamente en el ámbito de la comunidad cristiana donde se adquiere esta claridad, sino en el seno del movimiento revolucionario. Aquí se plantea un problema: ¿a qué comunidad pertenece el creyente revolucionario: a la de la fe, o al movimiento o partido en el que milita? Pero, a poco que se analice este asunto se puede ver que se trata de una falsa oposición; en efecto, la lealtad del creyente no es a una comunidad o a un movimiento, sino a Dios. Un Dios, el de Jesucristo, que ha anunciado un Reino (simbolizado de diversas maneras por el mensaje bíblico), que ha ido adquiriendo precisión de significado en un camino histórico en el que las revoluciones de los últimos 500 años son jalones de primerísima importancia. Esa lealtad a Dios y a sus promesas para nuestro futuro nos obliga a no rechazar el movimiento revolucionario. Más, al mismo tiempo nos lleva a luchar contra los falsos profetas, o sacerdotes a las órdenes del imperio. La cuestión es entre Dios y los hombres, entre el Dios de la resurrección o la tradición; entre el Dios que viene o un pasado que se idolatra; entre una vida libre o sometida. En esta alternativa, para quien es hombre y cree, ya la decisión está tomada.

Ahora bien, como hemos visto antes, el nuevo orden social al que aspiramos no se produce por simple evolución. Entre las exigencias del proceso revolucionario hemos mencionado la de organización. Me parece importante, detenerme en este punto, pues es algo donde los cristianos encuentran un escollo en su actividad revolucionaria. El problema se plantea por el rigor disciplinario que es propio de la organización, al que difícilmente se adecuan los cristianos. Aquí, me parece, hay que hacer valer una vez más como algo que sostiene, y no que motiva, la acción revolucionaria - la teología de la Cruz. Es que la acción revolucionaria no coincide con la gracia barata, puesto que demanda una gran humildad y sumisión. Lo importante, en la acción revolucionaria, no es una persona (por muy eficaz que sea) sino el movimiento en su totalidad.

- - = = = = - -

Termino señalando que soy consciente de las debilidades de esta presentación: en ella no he tratado de "teologizar" sino de reflexionar en torno a una práctica concreta de muchos hermanos, que también son compañeros. Creo que esta práctica aún no ha llegado a articular armónicamente la militancia revolucionaria y la vida de la fe, cosa que se aprecia en este relato, en el desnivel existente entre la reflexión sobre teoría revolucionaria y la reflexión sobre la fe en medio de la militancia. ¿Implica esto que el cristianismo no es revolucionario, o que la revolución repudia a la fe cristiana en última instancia? Espero que no, y luchamos porque así no ocurra. Nuestro empeño surge de una opción política y de un elemento irreductible en nuestra existencia.

No me he referido a situaciones concretas de cristianos que militan revolucionariamente (Camilo Torres, Zaffaroni y tantos más), porque sus acciones son más significativas que cuanto se pueda decir sobre ellas. Con esto reitero el primado de la práctica política en la acción revolucionaria.

X X X X X

NOTAS

- (1) H. Conteris y otros: CONCIENCIA Y REVOLUCION, pag. 17. - Ed. Tierra Nueva, Montevideo, 1969.
- (2) León Trotsky: (citar "HOMBRE, IDEOLOGIA Y REVOLUCION EN AMERICA LATINA, pg. 57/58).
- (3) V. I. Lenin O.C.: "LA ENFERMEDAD INFANTIL ...", T. XXI, pág. 47.
- (4) L. Althusser: ¿POR QUE UNA TEORIA REVOLUCIONARIA?, pg. 82/83, Ed. "De Frente", Montevideo, 1968. (citar en extenso).
- (5) V. I. Lenin: Obras Escogidas: ¿Qué hacer? T. I, pg. 211
- (6) G. Lukacs: Histoire et Conscience de Classe, pg. 337/38; Ed. de Minuit, Paris, 1960.
- (7) V. I. Lenin: Obras Escogidas, ¿Qué hacer? pg. 221, T. I
- (8) C. Kantsky: NEUE ZEIT, 1901-1902, XX, I, No. 3, pg. 79
- (9) V. I. Lenin: Obras Escogidas, ¿Qué hacer?, pg. 165
- (10) R. Arismendi: Lenin, la Revolución y América Latina, pg. 331. - Ed. E.P.U., Montevideo, 1970
- (11) V. I. Lenin: Obras Completas: El Marxismo y la Insurrección; T. XXVI, pg. 12-13.
- (12) F. Engels: The New Moral World, 18/11/1843.
- (13) H. Conteris in Op. Cit., pg. 22
- (14) Ibid., pg. 25/26.